

CAPITULO XIV.

Nota importante del Ministro Fuente.—Siguen los preparativos de defensa.—Proclama del General D. Juan Alvarez.—Renuncia la Secretaría de Guerra el General Hinojosa.—Evacuación de Orizaba por las tropas españolas.—Disposiciones que dicta el General Zaragoza.—Recibe Laurencés el mando del ejército expedicionario.—Felonía de los franceses para no retroceder á "Paso Ancho."—Calumnia de Laurencés contra Zaragoza.—Circular del Gobierno mexicano acerca del injustificable procedimiento de no repasar las Cumbres del Chiquihuite.—Juicio del diputado Fabre, relativo á este incidente.—Idem del Conde de Keratry.—Principio de las hostilidades.—Entrada de los franceses en Orizaba.—Maniobras de Almonte y los reaccionarios.—Llegada de Gálvez á Orizaba con una fuerza de caballería.—Reembarque del ejército español.—El General Prim.—Comentarios.—Inauguración en la Capital de la República de una hermosa Avenida, que lleva el nombre de tan distinguido ciudadano.

Al comenzar Marzo, el día 2, el Ministro D. Juan Antonio de la Fuente, que representaba á México cerca de la Corte de las Tullerías, dirigió á Mr. Thouvenel, por motivo del rompimiento de relaciones con la República, una extensa nota.

En esa pieza diplomática, redactada con rara habilidad y de lo mejor de su clase que salió á la luz pública durante la época aciaga que estamos historiando, quedó de manifiesto, de manera elocuente, el derecho y la justicia que asistían á México: esa nota fué la refutación más brillante y completa de los cargos gratuitos que se hacían á nuestra patria, para intervenir el país y erigir en él, atentatoria y abusivamente, un Trono en favor de un Príncipe extranjero.

Allí resplandece en toda su pureza la buena causa que sostenía la Nación, y se pone á la vista, entre otras causales que se alegaban para justificar el ataque, la suspensión de pagos á las convenciones

extranjeras. Saligny pedía, entre otras cosas inadmisibles, la revocación de esa ley para reanudar sus relaciones diplomáticas, y el Sr. Fuente, con un tacto exquisito y una lógica inflexible y altamente razonada, decía: "¿era, pues, necesario venir á tales extremos y emplear tal rigor, para con una nación arruinada por la guerra civil? ¿qué gran interés podía tener la Francia en el pago por plazos de menos de 200 mil pesos que importaba su crédito reconocido? ¿ha obrado así con otras naciones que estaban muy lejos de encontrarse en situación tan deplorable como México? ¿no hubiera sido preferible y más conforme á los principios de justicia y equidad conceder un corto respiro á una nación amiga, ocupada en su regeneración social y en exterminar el latrocinio, obra de tan grande interés para los nacionales como para los extranjeros? ¿á qué fin atizar la llama de una discordia civil, desastrosa para el comercio y para los franceses residentes en México, con la mira de derrocar al Gobierno y malograr sus preciosas conquistas?"

"Tal animosidad, seguía diciendo, por cuestiones pecuniarias, contra una nación exhausta, tenía en sí tanto de exorbitante é inusitado que es preciso buscarse otras razones para explicarse la expedición; por tal motivo, los agravios, las satisfacciones y las garantías, eran ya consideraciones secundarias, y se revelaba el verdadero motivo. Tratábase, en efecto, de una intervención política con el fin de imponer á México por rey un príncipe extranjero. Esta revelación lo explica todo. El Gobierno francés no quería la paz con México. Durante mucho tiempo, este Gobierno por sí y por sus agentes, no ha proferido una palabra ni escrito una línea sobre la República que no hayan sido inspiradas por la cólera y el desprecio, aun con menoscabo de la razón y el decoro. Esa es la paz ofrecida á México; triste paz por cierto. Dígase lo que se quiera, México y no Francia es quien ha dado el ejemplo de una paciencia ejemplar. Las simpatías de Francia se han guardado por mucho tiempo para el gobierno efímero que se apoderó de la Capital, que la Francia se apresuró á reconocer y apoyó eficazmente, y que dejó sobre el actual Gobierno gravámenes que, aun en caso de ser justos, no dejarían de ser contraídos por su antecesor. A no ser por esta protección, la guerra civil con todos sus horrores no se habría prolongado tanto en México. Las simpatías de Francia son todavía por los partida-

rios de aquella facción y sus agentes que vienen á Paris á conspirar contra su patria, y á estimular al Gobierno francés para invadirla.

"Para paliar la intervención, y por consecuencia precisa, la implantación de la monarquía, se anunció que no se emplearía la fuerza, pero que se consultaría y respetaría los deseos de los mexicanos. Era eso unir la burla al atentado, porque ¿qué significaba el respeto debido á la soberanía é independencia de las naciones, tras un acto que revocaba un hecho consumado, y sujetaba á un nuevo voto, un Gobierno que la nación había elegido por el sufragio universal de sus ciudadanos? Estas ilegales intimaciones eran no sólo una ingerencia en los negocios del país, sino una incitación flagrante á la rebelión, á la cual se brindaba con un favor y un apoyo que no por ser de un carácter moral disminuía la ofensa.

"Era necesario suprimir la historia, despreciar pruebas innumerables y adulterar las noticias cotidianas para llegar á la conclusión de que el Gobierno de México es poco escrupuloso, y bárbaro el pueblo sujeto á su autoridad; y sin embargo, esto se dice en algunas notas oficiales de V. E., y era preciso hácerlo, porque ¿de qué otro modo podía justificarse el enorme ultraje que está á punto de inferirsenos, con violación manifiesta del principio de no intervención, que se considera como una de las más preciosas conquistas de la nueva ley de las naciones? Esa ley se ha violado con el principio de las hostilidades y la ocupación de Veracruz en nombre de las tres potencias aliadas contra México, sin haber dirigido al Gobierno pretensión alguna, reservándolas para más adelante. *No es posible que una causa sea justa ni tenga siquiera visos de tal, cuando sus defensores recurren á tales medios.* ¿Cuál es la razón de estas infracciones y atropellamientos perpetrados con deliberación y sin necesidad? ¿La debilidad de México? No es tanta como la de España en tiempo de Napoleón I. México podrá ser conquistado, pero no sometido; ni se le conquistará sin que dé pruebas antes del valor y virtudes que se le niegan.

"México, después de haber sacudido el poder secular y hondamente arraigado de la España; México, que no quiso por rey ni á su mismo libertador; México, en suma, que acaba de alzarse victorioso en una revolución terrible contra los restos de la oligarquía que pesaba sobre su democracia, á ningún precio aceptará la monarquía

extranjera. Crearla sería muy difícil, pero sostenerla será más todavía. Tal empresa sería ruinosa y terrible para nosotros, pero lo sería también para sus promovedores. México es débil sin duda, comparado con las potencias que invaden su territorio, pero tiene la conciencia de sus derechos ultrajados, el patriotismo que multiplicará sus esfuerzos, y la profunda convicción de que, sosteniendo con honor esta lucha peligrosa, podrá preservar el hermoso Continente de Colón del cataclismo que lo amenaza.....”

Y el hábil y patriota Ministro, terminaba así su interesante comunicación:

“Protesto, pues, altamente, señor Ministro, en nombre de mi Gobierno, que todos los males que resulten de esta guerra injustificable, y los que cause directa ó indirectamente la acción de las tropas y de los agentes de Francia, serán exclusivamente responsabilidad de su Gobierno. Por lo demás, México nada tiene que temer, si la Providencia protege los derechos de un pueblo que los defiende con dignidad.....”

Por medio de esta nota, el Sr. Fuente dió por terminada su misión diplomática cerca del Gobierno francés, á quien pidió desde luego sus pasaportes para regresar á su país; pero esa nota hará honor á su esclarecido talento, y al Gobierno conforme á cuyas instrucciones se extendió. Ella demostraba evidentemente la justicia que asistía á nuestra patria, y el Sr. Fuente, con ese su exquisito trabajo, alcanzó en la consideración de sus compatriotas el mismo prominente lugar que en la guerra había alcanzado ya el General Zaragoza.

¡Ciudadanos tan distinguidos eran una verdadera esperanza para la República!

A la sazón que la voz austera pero incisiva y elocuente del representante mexicano resonaba en el Gabinete de las Tullerías, México se aprestaba más y más para la lucha.

El Ayuntamiento de Toluca, á semejanza de otras corporaciones de su clase, y que fueron bastantes, formuló una protesta de adhesión al orden constitucional, declarándose en contra de la intervención extranjera y de los proyectos del traidor Almonte; y el pueblo queretano, en masa, puede decirse, invadió entusiasta los registros que se abrieron al efecto en distintos rumbos de su capital, para el alistamiento y organización de los cuerpos de infantería y caballe-

ría, que debían quedar listos para marchar al campo de batalla llegada la vez.

A las dos horas de recibida en Oaxaca la noticia del rompimiento de las hostilidades, se ponían en marcha 1,800 hombres, bien armados y equipados, para incorporarse al ejército de Oriente; y á pesar de tan heroicos esfuerzos, su patriota é inteligente Gobernador D. Ramón Cagiga, manifestaba que el Estado aún no había necesitado ocupar las rentas federales; conducta honrosa y digna que mereció la aprobación general.

Todos los Estados se aprestaban á la defensa, cubriendo con exceso el contingente de sangre que les estaba asignado: las asociaciones políticas y las Corporaciones elevaban protestas en contra de la invasión extranjera, y la Compañía Lancasteriana de la Capital, en sesión ordinaria del 28 de Abril de 62, aprobó por unanimidad de sus socios, la proposición que le fué presentada por uno de ellos, para que el nombre de D. Juan Nepomuceno Almonte fuera borrado de la lista de sus miembros, por haber sido declarado traidor á la patria. Igual acto realizó la “Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,” á la que pertenecía el referido individuo.

En la deshecha borrasca que había estallado en el cielo de la República, entre tantas voces simpáticas, entre tantos acentos imponentes, dejóse oír el del patriarca de la libertad, del héroe del Sur, del benemérito General D. Juan Alvarez, excitando á los valientes de la División que mandaba, á volar al combate en defensa de la autonomía nacional, atacada por tres naciones poderosas, insulto que no podía sufrirse, y que, por lo tanto, México no debía ver impasible que tropas extranjeras, invadiendo pérfidamente el país, enarbolaran su pabellón en las fortalezas y en las ciudades principales de la República.

“Y nada importa, decía el antiguo veterano, que vengan millares de enemigos; los venceremos, sí; teniendo fe, decisión y valor, los haremos morder el polvo. Leónidas con 300 valientes detuvo el enorme ejército de Jerges; Jenofonte con diez mil hombres se abrió paso entre naciones enemigas, y sin ir más lejos, nuestro compatriota Epitacio Sánchez, con 30 mexicanos, derrotó á 400 españoles en la Guerra de la Independencia.”

Habiendo insistido el General Hinojosa en su renuncia del Minis-

terio de la Guerra, le fué al fin admitida, entrando á sustituirlo el General D. Miguel Blanco.

Los manejos tortuosos y las maquinaciones pérfidas de los representantes franceses empeoraban cada día más y más la situación, precipitándola á un sangriento desenlace.

Desde el 9 de Abril, rumores persistentes y muy alarmantes comenzaron á divulgar la especie, de que los franceses, no obstante lo estipulado en los preliminares de la Soledad, no retrocederían á "Paso Ancho," sino que de Córdoba se moverían hacia el interior de la República: dudando el General Zaragoza de la verosimilitud de las anteriores presunciones, aunque mucho había que desconfiar ya de la sinceridad francesa, salió de Chalchicomula la tarde del 15 de Abril, y se dirigió rumbo á la ciudad de Orizaba, que podía considerarse como el punto objetivo de las maquinaciones franco-traidoras.

En el punto llamado el Ingenio, tuvo la plena confirmación de cuanto se había dicho por la voz pública, respecto del particular, con el aditamento, de que en la referida población de Orizaba se trataba de verificar un pronunciamiento en favor de la intervención, tan luego como esta plaza fuera evacuada por las tropas españolas.

Zaragoza dió en el acto las instrucciones convenientes al General Don Porfirio Díaz, que se hallaba en el lugar indicado con una brigada de tropas oaxaqueñas; y juzgando que el Almirante Jurien se encontraba todavía mandando los franceses, le dirigió sobre la marcha la siguiente comunicación:

"Aunque los señores Comisarios de Francia han sido los primeros en romper los preliminares de paz ajustados en la Soledad el 19 del próximo pasado Febrero, por un mero deber de humanidad permito que los enfermos del ejército de aquella potencia existentes en Orizaba, permanezcan en el hospital: mas ellos están seguros bajo la salvaguardia y lealtad del ejército mexicano, y no hay necesidad por tanto de que los custodie fuerza alguna de sus nacionales: espero, pues, que S. E. el general en Jefe de las tropas francesas residentes en Córdoba, mande retirar la escolta á que me refiero, protestándole las seguridades, etc."

Habiendo sido encargado del mando el general Laurencés, así lo participó al Jefe mexicano el Almirante; y aquél contestó con fecha 19 en los términos siguientes:

"En respuesta á la carta que el señor Zaragoza ha escrito con fecha 18 de abril á los señores plenipotenciarios franceses, el general en jefe del Cuerpo expedicionario de México, afirma que no se ha dejado ninguna guardia en Orizaba con los enfermos para cuidarlos. Desde que allí fueron dejados los enfermos, cierto número de ellos ha debido aliviarse, y esto es lo que ha podido hacer creer al General Zaragoza que se había dejado una guardia con ellos. El General en Jefe del Cuerpo expedicionario francés, ruega al General Zaragoza acepte las seguridades de su distinguida consideración.—*General Conde de Laurencés.*"

La nota del General Zaragoza, como se deduce de su lectura, nada tenía de agresiva, ni su contexto se prestaba á interpretaciones siniestras que le dieran un carácter sospechoso de deslealtad y mala fe; pero el Jefe francés siguiendo la política de sus compatriotas los Comisarios del Emperador, y resuelto á hollar el compromiso contraído en el artículo 4º de los preliminares de la Soledad, tuvo por más conveniente, en lugar de retroceder á Paso Ancho, como lo indicaban el honor y la caballeridad, dirigirse en son de guerra hacia la ciudad de Orizaba, acabada de desocupar por el ejército español, alegando para ello pretextos capciosos, y arrojando de paso la más negra calumnia sobre la inmaculada reputación y limpia fama del General Zaragoza y del ejército mexicano, según puede verse de la nota que con fecha 19 de abril dirigió á los Plenipotenciarios franceses, anunciándoles su resolución de avanzar, y de la proclama que expidió en la misma fecha.

La primera dice así:

"Al colocarme á la cabeza del cuerpo expedicionario de México, S. M. el Emperador me ha confiado el cuidado de dirigir las operaciones militares y de garantizar la seguridad de sus tropas.

"Después de haber tenido conocimiento de las estipulaciones de la convención de la Soledad, ratificada por la Comisión de las tres altas partes contratantes, había debido tomar todas las disposiciones necesarias para concentrar mis tropas en Paso Ancho, luego que el ejército español hubiera ejecutado su movimiento retrógrado.

"El asesinato de tres soldados franceses en los alrededores del campo no me parecía aún motivo suficiente para considerarme desligado de la estricta ejecución de una Convención firmada por los

representantes de Francia; esos atentados no son, sin embargo, más que la consecuencia del decreto dado el 25 de Enero por el Gobierno de Juárez, que nos pone fuera de la ley, asimilándonos á los piratas, decreto injuriosamente mantenido después de la firma de los preliminares.

“Pero la situación de Veracruz, rodeada de numerosas guerrillas y reducida al estado de sitio, me parecía ya una violación de los preliminares de parte de los mexicanos, cuando he recibido esta noche del señor General Zaragoza una nota oficial, por la cual me informa que considera una parte de los enfermos dejados en Orizaba, y que han entrado después en convalecencia, como una guardia puesta para la seguridad de mi hospital, y reclama contra esa supuesta medida.

“En presencia de una *declaración de tal naturaleza*, tengo motivo para temer que nuestros enfermos no puedan ya contar con la protección que se les había asegurado por la convención de la Soledad, y que se les considere como rehenes, dejados con demasiada confianza en manos del enemigo.

“Mi deber es marchar en su auxilio sin pérdida de tiempo, porque habria imprudencia de mi parte en dejarlos expuestos á los *excesos de un ejército indisciplinado y de jefes sin escrúpulos*.

“Tengo, pues, la honra de informaros, que en virtud de los poderes militares que me han sido confiados, me pondré esta misma tarde en marcha sobre Orizaba.

“No me quedan más medios de proveer á vuestra seguridad personal, que invitaros á que os reunáis con el ejército en el movimiento que va á ejecutar.”

La proclama estaba concebida en estos términos:

“*Mexicanos:*

“A pesar de los asesinatos cometidos en mis soldados, y de las proclamas del Gobierno de Juárez excitando á esos atentados, queria cumplir fielmente hasta el último momento las obligaciones contraídas con los plenipotenciarios de las tres potencias aliadas. Pero recibí del General Zaragoza una carta, por la cual, la seguridad de mis enfermos, dejados en Orizaba bajo la salvaguardia de las convenciones, se encontraba indignamente amenazada.

“Ante semejantes hechos, no había que vacilar; tuve que marchar

sobre Orizaba á proteger á mis enfermos, amenazados por tan vil atentado.

“No por eso deberá inquietarse la nación mexicana, pues la guerra se ha declarado solamente á un gobierno inicuo que ha cometido contra mis compatriotas ultrajes inauditos, por los cuales, creedme, sabré obtener la debida reparación.

“Orizaba, Abril 20 de 1862.—El General en Jefe del Cuerpo expedicionario en México, *El Conde de Laurencés*.”

El General Zaragoza fué un militar digno, honrado y pundonoroso, cuyos servicios eminentes prestados á su patria lo ponen muy por encima de las odiosas calumnias de enemigos alevos y perjuros; no intentaremos, por lo tanto, defenderlo de cargos gratuitos que la Nación ha rechazado indignada, pues la vida pública del héroe del 5 de Mayo, es la mejor refutación de conceptos falsos y de criminales suposiciones con que se ha querido paliar un hecho vergonzoso, quizá el único de su clase que guarda en sus fastos militares esa Nación esencialmente guerrera que se llama la Francia.

Y ese hecho llamó fuertemente la atención, dentro y fuera del país. El Gobierno Supremo de la Nación lo hizo saber á sus gobernados por medio de una Circular enérgica, en que sobresalían los siguientes conceptos:

“El compromiso del ejército francés de regresar á “Paso Ancho” antes de comenzar las hostilidades, no podía ser más explícito y solemne; compromiso sin el cual, no se le habría permitido pasar de aquel punto, y colocarse delante de nuestras posiciones fortificadas. Pues despreciando su palabra, hollando las leyes de la guerra, sobreponiéndose á cuanto hay de más sagrado para los individuos y las naciones, no solamente no ha retrocedido, sino que se ha lanzado sobre Orizaba, batiendo nuestras avanzadas sin previa declaración de guerra.”

Seguía diciendo la Circular, que aunque el Gobierno tuvo noticia de que los franceses no volverían á “Paso Ancho,” buscando un pretexto para eludir su compromiso, despreció tal aviso, pues le era imposible creer “que un ejército francés echara semejante mancha sobre su honor y diera tal ejemplo de cobardía, pues no podía darse otro nombre al hecho indigno de salvar posiciones enemigas mediante una perfidia, en vez de tomarlas por la fuerza;” “esa traición

atroz, añadía, que avergonzará y llenará de indignación al pueblo francés y á su Gobierno, obliga al de la República á dirigirse á vd. para que se sepa en ese Estado la clase de enemigo que se ha lanzado sobre la República sin declarar la guerra, sin manifestar sus quejas ni mostrar siquiera sus pretensiones, y para que, en consecuencia, todos los ciudadanos redoblen sus esfuerzos á fin de asegurar el triunfo de la guerra salvaje que se nos hace."

El historiador Arrangoiz dice con sobrada razón, que la carta de Zaragoza á que alude Laurencés, no ha visto la luz pública, á pesar de lo necesario que sería, para que no quedara duda de que el General francés violó, á pesar suyo, la palabra dada.

El diputado Mr. Julio Fabre, el célebre orador francés, que inspirado en altos sentimientos de moralidad, de honradez y de justicia, fué el constante y desinteresado defensor de la buena causa de México, en la Sesión del 26 de Junio de 1862, tuvo palabras de amargo reproche en contra de la conducta del General Laurencés, por no haber dado cumplimiento al artículo 4º de los preliminares de la Soledad, esto es, por no haber retirado sus tropas más allá de los desfiladeros del Chiquihuite, según lo pactado; y exclamó en uno de sus arrebatos patrióticos: "Sólo me permitiré decir en nombre de mi país, que los sentimientos caballerescos esenciales á su carácter se concilian poco con semejantes actos, y que no es el talento de eludir los tratados por lo que la Francia se distingue en la historia."

También el Conde de Keratry¹ censura la conducta de Laurencés, aduciendo para el efecto los siguientes razonamientos:

"Después de la ruptura de los convenios de la Soledad, las tropas francesas, reforzadas por 3,500 hombres que había traído el General Laurencés, comenzaron las hostilidades. No se había ido más allá de la línea del Chiquihuite, como prevenían los tratados, y esta violación de la palabra empeñada era un fatal principio, produciendo un deplorable efecto. Un pueblo civilizado que se jactaba de llevar á una nación casi bárbara el respeto al derecho y á los compromisos contraídos, comenzaba hollando así una promesa solemne. Esta fué una doble falta. Además de que se disminuyó el prestigio de nuestra fuerza, fuimos los primeros que abrimos la puerta á la traición.

1 L'élévation et la chute de l'Empereur Maximilien, páginas 20 y 21.

"Por otra parte, los mexicanos se imaginaron, y en su lenguaje fanfarrón repitieron hasta el fastidio, que los franceses habían tenido miedo de volverles la posición de la garganta del Chiquihuite; posición, decían ellos, que los franceses no habrían tomado si la hubieran defendido los dignos hijos de Cortés.

"Para el que sea inteligente en el arte de la guerra, los mexicanos se forjaban una ilusión.

"El camino de la garganta, defendido por algunos cañones de fierro fundido y por algunas viejas piezas de muralla, difíciles de maniobrar y que enfilaban muy mal la senda tortuosa que desemboca allí viniendo del mar, era muy fácil de flanquear por las alturas inmediatas, y sin duda que la resistencia no se habría prolongado mucho; pero de cualquiera manera, habría sido preferible sufrir algunas pérdidas, aun con el riesgo de retardar los socorros que debían llevarse á los enfermos que se habían abandonado en Orizaba, antes que permitir se nos acusara de haber faltado á nuestra palabra.

"Esta vez, aun el buen derecho quedó de parte de los mexicanos, los cuales tuvieron la habilidad de explotar con las poblaciones nuestro olvido de los convenios firmados."

De lo dicho por el Conde se deduce, que los asertos de los mexicanos respecto de la violación del artículo 4º de los Preliminares de la Soledad, no son, ó más bien, no deben considerarse como simples fanfarronadas, sino como apreciaciones sensatas, sugeridas por la razón y la buena fe; y que esa violación tan contraria al honor y al espíritu militar de un país cuyos soldados estaban considerados como los primeros del Mundo, fué el pretexto ó motivo que se tuvo presente para evitar un desastre, por más que esto, humillando el amor propio, no se quiera confesar.

Este resultado no debe sorprendernos, pues tratándose del Gobierno francés, carente en lo absoluto de moral militar y de pudor político, á la vez que el Ministro Thouvenel declaraba al Embajador inglés, "que si las negociaciones llegaban á romperse, sus cláusulas serían estrictamente observadas;" la opinión del Ministro de la Guerra era diferente, porque en una de sus cartas al General Laurencés, decía: "que la Convención era inexecutable en su artículo 4º," y más tarde le repetía aún: "La deplorable Convención consentida